

BREVE RELATO DE LA VIDA DE DON DIEGO HASTA SU HUÍDA DE NUEVA ESPAÑA

Jesús Negro García

Nacido en Toledo el 1981. Se graduó en historia en la Universidad de Oviedo. Residió en Asturias durante diez años, en el transcurso de los cuales ganó el Premio de Poesía Asturias Joven 2004, lo que le valió la publicación de la obra ganadora *Historia del Tiempo Presente*, con la editorial asturiana KRK.

En realidad las cosas cambian poco en el curso de la Historia. En el siglo XVI aconteció la siguiente historia en la provincia de Cáceres: vivía en una villa cercana el mediocre Diego, hijo de Fernando, un muchacho bueno y honesto pero poco espabilado, más bien bobalicón. Este joven había compartido su infancia con Dolores, hija de Alvar, el molinero, que había crecido bonita y lozana. Llegada la edad de las tribulaciones, Diego comenzó a albergar por su amiga unas esperanzas más físicas que aquellas chiquillerías a que se dedicaran años atrás. En lo sucesivo dedicó sus esfuerzos a cortejarla con mucha insistencia. Diego tenía un futuro menos incierto que el de otros hijos de campesino, pues su padre, algo no del todo usual en la época, era propietario de su tierra, que no era mucha pero al menos era suya, circunstancia de la que no todos los rurales, por no decir que ninguno, podían presumir. Esto le convertía en un buen partido, algo que se ocupaba de recordar cada día a Dolores. Ella le contestaba que eso estaba muy bien para su madre, pero que, desde su punto de vista, su pretendiente sufría de cierta carencia de la sutilidad y picardía de las que nacen los melindres y detalles superfluos como los piropos y las flores. Durante mucho tiempo se dedicaron el uno a ofrecer y la otra a rechazar, si bien tal tendencia a la repetición era una dinámica bien estudiada, sin duda, una nueva forma de retomar el jugueteo infantil.

En una ocasión Dolores y su padre cogieron el carro para ir desde el molino hasta la plaza de la villa, donde se encontraba establecido un tendero con el que el molinero tenía negocios. Dando la casualidad de que por allí haraganeaba el bala perdida de Diego, el padre de Dolores la dejó sola en el carro, mientras él arreglaba sus cosas con el tendero. En esto se acercaron cuatro soldados que comenzaron a increparla: “Qué haces aquí tan sola? ¿A quién esperas?”

“A mi padre”, contesta ella altanera, desdénando a la guardia, “que está ahí dentro y no tardará mucho en salir”

—¿Quién es tu padre, niña?

—Alvar el molinero.

—Le dicen borracho.

—Habladurías, como seguramente serán las de quienes dicen lo mismo de nuestros soldados.

Los soldados, arrebatados por el carácter del que hacía gala la muchacha, dispuestos a propinarle una lección, la bajaron del carro a la fuerza con las peores intenciones. A pesar de los gritos de Dolores, nadie se atrevía a acudir en su ayuda. Su padre, reconociéndole la voz salió disparado detrás de los soldados, pero éstos, más, y más fuertes, le tiraron al suelo con poco esfuerzo. Llevaron a Dolores a donde los caballos, la arrojaron sobre la paja y se dispusieron para la faena. Entonces apareció Diego, que con una gracilidad zorruna desenvainó la espada del cinto de uno de ellos, al que se la hundió entera en el estómago, sin dar tiempo de reaccionar a los demás la sacó de las carnes donde la alojara y de un solo golpe cercenó el cuello de otros dos. El cuarto consiguió sacar el filo antes de que Diego lo agarrara por la cara y estrellase la cabeza contra la pared, destrozándole el cráneo. En unos minutos había acabado con la vida de los cuatro infames. Dolores, entre lágrimas, exclamó: “¿Qué has hecho? ¡Te perseguirán! ¡Te matarán!” Diego, sin mediar palabra, arrastró los cuatro cadáveres hasta la plaza para que todos los vieran bien y proclamó: “¡Yo los he matado! Sois testigos. Que el peso de la justicia no recaiga sobre nadie más”. Un posadero, conmovido, le dio un caballo para que se escapara al galope. “Cómo me estoy arrepintiendo ahora de no haber atendido mejor a tus atenciones”, dijo Dolores apretando su mano, y sin más, Diego huyó para siempre.

El camino lo hizo pasando por un peregrino de regreso de Santiago, cuando le preguntaban por la experiencia no hacía sino inventar, teniendo la fortuna de no encontrarse con nadie que hubiera estado allí. En Granada, unos pillos le recomendaron ir a Cádiz y enrolarse en algún barco que fuera a las Américas, donde su currículum de delincuencia sería borrado, pues nadie le perseguiría hasta allí, ni la justicia del lugar se preocuparía de investigar qué motivos le hubieran podido conducir al Nuevo Continente o cuales eran sus antecedentes. Dicho y hecho, Diego se procuró una nueva vida en el Virreinato de Nueva España e incluso una nueva identidad: quiso por voluntad propia llamarse Felipe, como el Emperador, pues en el fondo albergaba una ambiciosa visión de sí mismo. No se pudo dedicar, eso sí, a otra cosa que la picaresca, trabajando para todo aquel que le diera un jornal, algunas veces honradamente, aunque las más en oficios ilegítimos. Tuvo tiempo de interesarse por las letras, pagando a un maestro para que le enseñara a leer y escribir, y los hechos de la Historia. Se mostró ágil para los estudios, que además despertaron en él una inteligencia dormida, la cual supo devenir rápido en astucia para lo suyo. Se granjeó la compañía de un tal Carlos, muy conocido entre los pillastres del lugar, relación de la que se beneficiaron ambos, pues éste tenía los contactos necesarios, y aquél se estaba haciendo cada vez más popular en los bajos fondos del virreinato. A menudo se mofaban afirmando ser los mismos Carlos I y Felipe II en persona, lo que les valió enfrentamientos a sangre con inspirados patriotas, de los que salían siempre bien parados. A base de practicar sobre el terreno se convirtió también Diego en un excelente espadachín; muchos eran los que recurrían a él para quitarse de en medio a los tunantes que les incomodaran, todos le temían y buscaban su amistad.

Ocurrió que, por medio de un sicario, se le informó de que el mismísimo Virrey de Nueva España requería de sus servicios, por los que sería muy bien pagado, por no decir de lo mucho que mejoraría su situación si se veía en buenas relaciones con tan alta autoridad. Pedro González, el mediador, le explicó que el rey había enviado a un contable de su personal confianza para revisar las finanzas del virreinato, algo que incomodaba al Virrey, quien pretendía quitárselo de en medio para ganar tiempo, habiéndolo previsto todo, teniendo incluso designado un cabeza de turco para no levantar las sospechas de su majestad. El pobre infeliz del contable había venido con toda su familia, pues preveía una larga estancia, y pasaría la noche antes de ir a ver al Virrey en la casa del párroco, de donde nunca había de salir con

vida si todo se desarrollaba como el Virrey había previsto. Diego, por supuesto, aceptó el trato. La noche acordada caminó en las sombras hasta la casa del párroco, acompañado de su camarada Carlos, al que no habían parado de brillarle los ojos desde que Diego le diera la noticia. “Observaremos”, había planeado Diego, “y cuando se hayan ido a acostar forzaremos el cerrojo de la puerta con cuidado, si es necesario entramos por una ventana, luego degüellamos a nuestro pájaro, lo hago yo mientras tú birlas todo aquello de valor que puedas encontrar”.

Agazapados detrás de unos barriles asistieron a la llegada de la ilustre familia a casa del capellán, quien los recibió con las acostumbradas gazmoñerías que una ocasión así requiere y los invitó a pasar. Junto al matrimonio viajaban dos chiquillos y tres criados porteadores. Debido a la poca luz ofrecida por las horas nocturnas no pudieron más que distinguir la silueta de estas personas.

“¿Esperamos entonces a que se hayan apagado todas las luces de la casa?”

“No lo sé”, replicó Diego. “No me gusta liquidar a alguien sin verle primero la faz. Creo que me acercaré a mirar por las ventanas, quiero reconocer al pobre hombre”.

—Como gustes —repuso el otro.

Así, Diego se deslizó desde donde estaban hasta la puerta de la casa, se puso en cuclillas contra la pared y se fue deslizando poco a poco a lo largo de ésta. Al primer vistazo se encontró con la cocina, donde una moza de buen ver preparaba una opípara cena, a cuyas sobras pensó Diego que no estaría mal hincar el diente; luego siguió la ruta, atinando esta vez, pues la siguiente ventana era la del salón, donde los recién llegados se acomodaban. El tal contable no impresionaba mucho, ni por su aspecto ni por su porte, todo en él le parecía al que habían pagado para cercenar su vida demasiado recatado; no lo podía imaginar bebido ni blasfemando, ni mucho menos cruzando su sable con el de nadie. Algo en sus entrañas le produjo una amarga gana de reír y otro algo una condescendiente lástima. Era probable que se tratara de un tipo confiado, o bien que se sobreestimaba, pues Diego en su lugar se habría buscado a alguien fuerte y aplicado que lo protegiera. También pudiera ser que Diego lo subestimara, en cualquier caso nunca lo sabrían, pues en el trance del sueño todos tenemos la misma ocasión de demostrar nuestra valía:

ninguna. Sin embargo, lo que de ningún modo esperaba don Diego era ver a quien vio cuando dirigió su vista algo más a la derecha, que no era ni más ni menos que la misma Dolores, aquella con la que jugara durante la infancia y por cuya salvación hubiera de abandonar para siempre su lugar natal. Al principio pensó que debía de tratarse de una criada, una nodriza quizá, pues sostenía en brazos a uno de los niños. Sin embargo pronto advirtió que el trato que había entre ella y el contable no era el que hay entre una criada y su señor, ni el de una amante, sino que parecía claro que eran esposa y esposo. Los encontró, además, felices, enamorados, algo que se le atragantó. Dolores estaba embellecida, signo de las beldades de su nuevo estilo de vida, alejado de las durezas del campo a juzgar por su vestimenta. No le interesó a Diego de dónde había salido aquel hombre ni cómo llegó a encontrarse con Dolores, a elegirla a ella como esposa. Era fácil adivinar que ella pudo acceder, en un principio, por la noción de una vida más sosegada, alejada del desgaste físico del molino, pero bastaba fijarse en cómo miraba a su marido para entender que algo había sucedido desde entonces hasta hoy, algo importante que había generado un sentimiento de ternura y admiración. A Dolores le fosforecían los ojos, su piel resplandecía tersa, era como si hubiese tenido que envejecer para resaltar su juventud. Diego se miró las manos, endurecidas, callosas, repletas de marcas, cicatrices, voces distintas de las de Dolores pero cocinadas con una misma receta. Sin más dilación regresó apresurado con Carlos y le dijo que le acompañase a la cantina. Como consideraba juicioso a su compañero, no habiéndole visto nunca hacer algo sin ninguna razón, no le replicó. Una vez en la cantina, no sin antes mucho insistir, Diego consiguió hacerse con papel y tinta, escribió una carta que dobló y selló, y se la entregó a Carlos diciéndole: “Irás a la casa del párroco y le entregarás esta carta, que va dirigida a nuestro amigo el contable. En ella expongo todo lo que ha estado a punto de acaecer esta noche y que ya no será, y le advierto de que se marche enseguida, pues el Virrey no tardará en encontrarnos sustituto en cuanto esté informado de nuestra desertión”. Carlos, atónito, no quería creer

lo que escuchaba, cada palabra le parecía una bofetada que su amigo le propinaba en el rostro, y una vez estoicamente recibida la paliza respondió:

—Pero tú te debes de haber vuelto loco... te crearás que podemos devolverle su dinero al Virrey, sin más, y marchar alegremente. Pues no será así, si no tiene la cabeza de ese cuentamonedas querrá la nuestra, y de ése sí que no nos salva nadie. Vete a refrescar la cabeza y luego volvamos a donde el capellán, que no es tarde aún para terminar lo que habíamos de hacer esta noche.

—La decisión está tomada, Carlos —insiste el otro—. Lo que pase después tendrá que pasar. Nos procuraremos equipo y víveres y cruzaremos la frontera; no nos son desconocidos este tipo de trajines.

Se hace un silencio mortecino, roto por un repicar de campanas.

—Pero —titubea Carlos— ¿Por qué?

—Porque hasta para los pícaros como nosotros existen límites. —Vacía el contenido de su vaso—. En cualquier caso, estos no se encuentran fijados en el derecho.

Carlos, que no entendió nada, acabó por obedecer. “Y ay de ti, como intentes traicionarme”, le había advertido Diego. “Mi cabeza rodará, pero antes habrá rodado la tuya”. Entregó la carta al capellán, a quien de paso sacó unos cuartos, y volvió a la cantina, donde enseguida Diego y él se dispusieron a maquinarse un plan para abandonar la Nueva España.